

# SANTIAGO GENOVES

## A CALI

Quienes busquen aquí ballenas, tormentas, tiburones, ciclones, peces voladores o cachalotes los encontrarán. Acali constituye una enorme aventura marina. Acali es la primera, la única balsa que en tiempos modernos cruza el Atlántico y el Caribe. Que va desde Africa hasta Yucatán.

Pero a diferencia del viaje de Colón, del Kon-Tiki, de RA I o RA II, Acali no va tras continente alguno, ni tras las huellas de posibles viajes o migraciones del pasado más o menos cercano, ni tampoco, como en Moby Dick, tras ballena alguna.

Vamos en busca de nosotros mismos, de nuestro futuro. Piensa Cousteau que en los próximos veinte años viviremos, ¿viviremos?, revoluciones, sacudidas y cambios sociales que nadie puede hoy tan siquiera imaginar, y Margaret Mead acaba de organizar un ciclo de conferencias bajo el tema de "Dentro de 1000 Años". Hace no mucho el abad Gregorio Lemercier se psicoanaliza e introduce el psicoanálisis entre los 60 monjes y novicios de su abadía de Cuernavaca. Cuarenta cuelgan el hábito o no lo toman ya.

Como la visión central de Freud retrolleva todo lo significativo de la vida y del amor a un origen sexual, y como para los monjes el sentimiento religioso implica rehusar el sexo en su realidad biológica, Lemercier se atrave a escoger a una mujer como psicoanalista.

Para el proyecto Acali reunimos a una plétora de asesores entre los que hay psicólogos, antropólogos, psiquiatras, médicos, sociólogos, biólogos, grafólogos, expertos en contaminación, etc. Hombres y mujeres. En la balsa van hombres y mujeres. Entre los hombres uno es sacerdote.

Aunque soy antropólogo y no monje, este libro contiene buena parte de mis diálogos conmigo mismo. Si fuese monje, tal vez hubiese escrito mis intentos de dialogar con Cristo. Dice una copla sevillana:

Siento yo en mi corazón  
un despego muy despacio.  
¡Cuántos amigos tenía yo  
que hoy a mí no me hacen caso!  
Que yo quiero hablar con Dios.

Monjes o antropólogos todos queremos saber, y para hacerlo nos dirigimos a los demás. Así el diálogo conmigo mismo se realiza en Acali a través de Bernardo, Charles, Edna, Eisuke, Fe, José Ma., María, Mary, Rachida y Servane. Como para Mary o Bernardo Acali fue el diálogo consigo mismo a través de Bernardo, Charles, Edna, Eisuke, Fe, José Ma., María, Rachida, Santiago y Servane para la primera o a través de Charles, Edna, Eisuke, Fe, José Ma., María, Mary, Rachida, Santiago y Servane para el segundo. Sí, hay que ir por estos caminos, por estos mares y que el futuro está lleno de mares ignotos, insospechados. La geografía



se acaba. La mente y las relaciones humanas se hacen más complejas cada día. Vamos pues a encerrarnos y a vivir de manera totalmente inescapable, hombres y mujeres, en busca de nosotros. Porque si no lo hacemos, ¿quién lo va a hacer por nosotros?: ¿El átomo?, ¿la calabaza?, ¿el río?, ¿el campo de golf?, ¿las ocas de Lorenz?, ¿las abejas de von Frisch?, ¿Quién sino nosotros?

Acali es la historia de esta búsqueda para nosotros y para nuestros hijos.

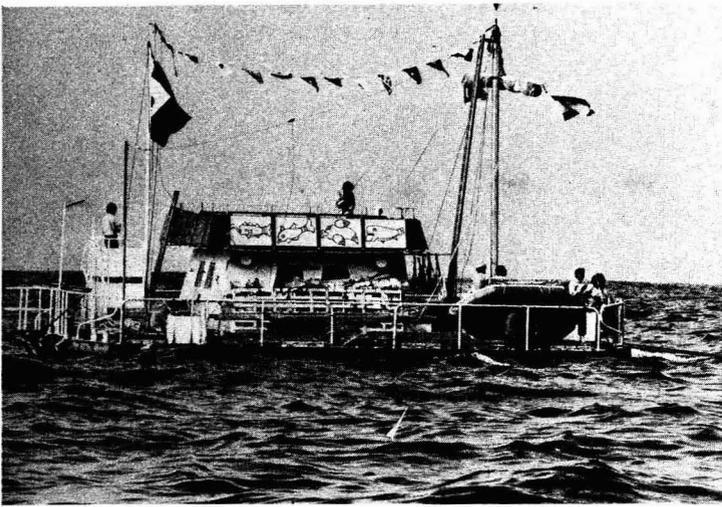
Sucedió en Acali lo que tenía que suceder: la prensa mundial, la opinión mundial reaccionaron diagonalmente: podemos investigar a los demás, pero a nosotros mismos nos molesta que se nos toque. Es lícito ir tan lejos como queramos en la fisión del átomo, en la vida de las hormigas, o sobre la madre "de los demás". La nuestra que no nos la toquen. Percibimos la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio. Acali trata de la paja y de la viga en el propio. De nuestra especie, nuestra nacionalidad, nuestra religión, nuestra familia, nuestro sexo, nosotros, tú y yo.

Por ello, no entramos de lleno en esta aventura del pensamiento sin que en varios capítulos, primero, vamos procurando centrarnos en la problemática que nos rodea, de la misma forma que Acali no es la salida de Las Palmas, sino también sus antecedentes y sobre todo, el transcurso, la llegada y lo que sucede inmediatamente después.

Muchas noches en Ra I (1969). A Través del Atlántico en Balsas de Papyrus), me juré que si salía con vida de esa expedición jamás participaría en nada semejante. Salí con vida. Juré en vano ya que participé en Ra II e ideé, organicé y dirigí Acali. ¿Hay algo más natural, más humano, que la contradicción y la búsqueda? En Acali adquirimos el derecho a esta humana contradicción buscando durante 101 días de mar adonde vamos en la Tierra.

Para el entendimiento del experimento en sí, antes, durante, después y ahora, hemos tratado de reunir unas veces y otras de integrar datos de especialidades diversas -psicología, antropología, psiquiatría, sociología, etología, grafología, medicina, fisiología, biología, contaminación, etc. Indudablemente que en más de un caso no hemos hallado explicación a hechos determinados o que nuestra integración o interpretación puede haber sido un tanto desequilibrada y aun errada.

Podemos decir, no obstante, ya que estamos plenamente convencidos, que observar sociológica, psicológica, antropológica-mente, etc., el fenómeno, la vida o la obra dada y racionalizarla a partir de otras experiencias nuestras nos conducen sólo a una fracción del conocimiento. No es este el caso de Acali. Las experiencias fueron vividas por nosotros. La obra fue nuestra. Las vidas arriesgadas las propias. Así, estamos tan compenetrados, tan interiorizados, tan empapados de los diversos aspectos del experimento, que no creemos errar al lanzar hipótesis o interpretaciones que aunque se alejan de lo ortodoxamente admitido son para



*nosotros transparentes y claras. Acali no es un experimento ortodoxo. Por ello ha sido mal entendido y peor interpretado por un apreciable sector de la ciencia convencional. Es fácil y cómodo hablar de Hiroshima sin haber estado ahí cuando estalló la bomba; de los campos de concentración sin haber vivido o casi muerto en ellos; de la vida submarina sin haber buceado jamás; de Vietnam desde las Naciones Unidas. Lo hacemos todos los días. Lo tenemos que hacer todos los días. No todos podemos ser huérfanos, madres, ciegos o sordos. Así, desde nuestra limitación, tenemos que hablar de la orfandad, la maternidad, la sordera o la ceguera. Pero bien, lo que se dice bien, sólo el ciego sabe lo que es estar ciego, aunque se equivoque en algunos aspectos desde su subjetividad cegadora. En ciencia la objetividad científica nos hace a diario sordos y ciegos. La objetividad nos saca del farrago de ideas subjetivas y particulares. Del criterio de autoridad. De la anticiencia del pasado. Hoy sabemos que la objetividad nos lleva, por su otro extremo, también a la anticiencia, ya que la ciencia no puede entender todo desde sí misma. El hombre es verbo y comunicación. La soledad es la nada. El hombre es la conciencia de sí mismo, de la familia, de su especie. De su evolución y contradicción. ¿Cómo podremos entender esta objetividad?, ¿con referencia a quién? En Acali, ante la cercanía constante de la muerte y de los demás, adquirimos conciencia clara de nosotros mismos, formamos una familia que con sus fricciones —que estudiamos— va en busca de la paz, de la supervivencia de la especie.*

S. Genovés  
México, marzo, 1974

\* El atardecer del 23 de julio, llegamos a la Isla de Cozumel, en el lado oriental de la Península de Yucatán, después de recorrer 4 652 millas de océano desde las Canarias navegando a la deriva con una pequeña vela durante 101 días.

Al llegar se nos confinó durante cinco días —evitando todo contacto con periodistas, parientes y amigos— y nos sometimos a exámenes psiquiátricos, médicos, grafológicos y sociológicos. Además, siguiendo los planes de una importante parte del experimento, tuvimos sesiones a puerta cerrada bajo guía y cuidado psiquiátricos. Estas sesiones probaron su inestimable valor.

Los psiquiatras me atacaron despiadadamente, poniendo de manifiesto los ataques y verdades de casi todo el resto del grupo, quienes ciertamente resintieron por razones personales, psicológicas, marítimas o de otro tipo, el liderazgo de un solo participante ya que por fuerza tuve que asumir, como lo he asentado en mi bitácora, diferentes papeles al mismo tiempo.

La oculta necesidad de puestos de mando y reconocimiento, sus

\* Lo que sigue es traducción del texto original escrito en inglés por el autor y publicado en la revista *Human Behavior*, January, 1974. Traducción de M.N.N.

El proyecto Acali, al contrario de lo que sucede con tanta frecuencia en nuestro país, y fuera de él, no se quedó en eso, en proyecto. Se reunió a los voluntarios internacionales; se realizaron los exámenes previos —médicos, biológicos, psicológicos, psiquiátricos, sociológicos, antropológicos, grafológicos—; se diseñó y construyó la balsa; se reunió un cuerpo asesor de científicos nacionales e internacionales; se preparó a dos participantes en estudios de

frustraciones, sus errores y los míos, se discutieron abiertamente. Se trataba de la verdad como el grupo la entendía, después de las tensiones, las ansiedades y privaciones de 101 días —una vez más, no estábamos en Hollywood, no se trataba de una convención, no hubo falsas cortesías—. Eramos seres humanos que hacían frente a todos sus problemas consigo mismos y con los demás, por primera vez en tierra firme.

Para mí, aquello fue el infierno. Yo mismo había planeado esas sesiones, pero una crucifixión es siempre dolorosa.

Por supuesto, la agresión fue una clave para nuestros estudios. En un mundo donde, hace 50 años, una persona moría cada minuto como resultado de la acción violenta, y donde hoy en día ocurre lo mismo cada 20 segundos, parece válido emprender una investigación controlada de la conducta humana a riesgo de sufrir incomodidades y provocar la posible ruptura del bienestar familiar de los participantes o, inclusive, a riesgo de la pérdida de vidas humanas.

Posiblemente sea difícil juzgar qué tan bien nos fue hasta que el grupo de asesores científicos que permanecieron en tierra, quienes colaboraron en la redacción de los cuestionarios, lleve a cabo durante cinco días esta despiadada operación de “desglose” bajo la guía de los psiquiatras a nuestro arribo aquí —inclusive, ellos depositaron predicciones selladas acerca de lo que ocurriría en el mar— y tenga oportunidad de ordenar y estudiar las montañas de material.

Pero, aunque un primer resumen, sin duda breve e incompleto, ya está en orden, no es posible decir nada totalmente válido hasta que se analice e interprete adecuadamente todo el material.

Los psiquiatras, patólogos y sociólogos diagnosticaron en España que casi todos nosotros éramos mentalmente infantiles, así como obsesivos en nuestras acciones.

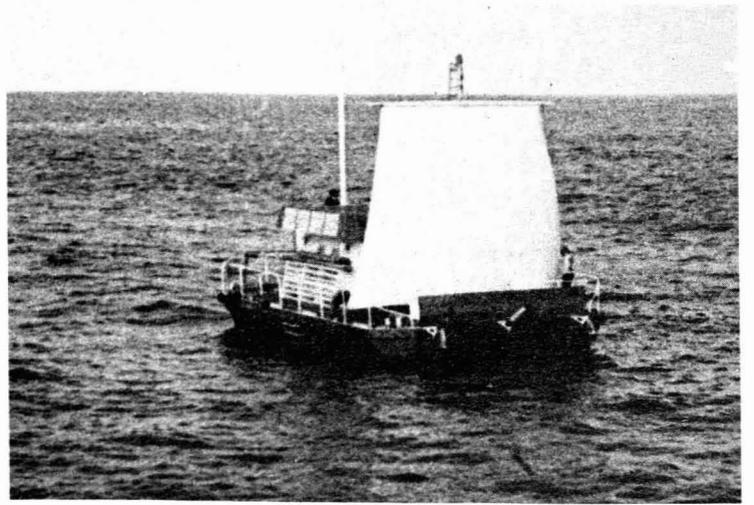
Pero nadie golpeó a un compañero en la balsa, nadie se suicidó, y la travesía fue con mucho un asunto entre adultos. Puesto que la gente “normal” que permanece en tierra incluye a muchos que se suicidan y a muchos que van a la guerra, todo ello de una manera falaz e infantil, una conclusión tentativa sería que es necesario revisar el criterio que se utiliza para definir la normalidad en una sociedad en desarrollo y actualizar algunos exámenes sociológicos y psicológicos. Es muy fácil suicidarse o asesinar a alguien en una balsa que no se puede detener o regresar, de igual manera que es fatal caer por la borda. Los 12 días de trabajo sin pausa en Las Palmas, preparando la balsa para el mar, fueron agotadores. Al mismo tiempo, la presencia de periodistas y camarógrafos de televisión hizo que los participantes se sintieran extraordinariamente importantes y, de alguna manera, altaneros. El impacto de la brutal realidad en el mar, con 11 personas que debían compartir un camarote de 12 pies cuadrados, fue algo tremendo.

¿Qué ocurrió en el mar? Durante dos semanas, casi todos

contaminación oceánica; se pasaron toda clase de cuestiones a bordo.

Se tomaron toda clase de datos. La balsa llegó a Yucatán después de 101 días a la deriva sobre el Atlántico y el peligroso Caribe. En Cozumel fuimos de nuevo sometidos a numerosos exámenes y a largas sesiones de dinámica de grupo. Se realizaron en tierra varios estudios en relación con los que vamos, como programado.

El tratamiento, el enfoque, y la imagen que la prensa o los medios de comunicación masivos dan al experimento varía según el país y las circunstancias. En México totalmente inadecuado. Es pues oportuno que antes de



la publicación del relato completo, que tardará todavía unos meses, aparezca el primer relato; el único escrito por mí, al llegar a Cozumel.

Aunque redactado a los cuatro días de llegar, bajo los efectos del trauma marino, físico y anímico consecuente, del que en parte no salgo todavía, constituye, pienso, un documento interesante. S.G.

nosotros hicimos poco más que adaptarnos a la realidad de las condiciones en el mar a bordo de una pequeña balsa. Aparte de dos mujeres y de mí, ninguna de las otras ocho personas era gente de mar. Cinco de ellas sufrieron mareos durante varias semanas, dejando a otros sus guardias en el timón y en cubierta.

No obstante, la adaptación psicológica fue más bien rápida. Durante las primeras noches, en mi ausencia del camarote, hubo peleas de almohadas semejantes a las que sostienen los niños en ropa de dormir. Las almohadas iban dirigidas más hacia aquellos individuos con quienes las otras personas querían establecer contacto, que hacia supuestos "enemigos".

Digo "en mi ausencia" porque, siendo con mucho más viejo que los demás y el líder de la expedición, rápidamente se me clasificó como una figura paternal a pesar de que, en principio, todos éramos iguales en posición y en el desempeño de nuestras tareas.

Durante los primeros días, todos estuvimos extremadamente cansados, pues teníamos que luchar constantemente contra la deriva —ya que no deseábamos regresar a África— y conservar el rumbo hacia el oeste.

En esos primeros días, el Padre Bernardo se sintió un poco molesto por la semidesnudez de los bikinis y el empleo de un lenguaje fuerte que tenía como fin disimular nuestra ansiedad y falta de conocimiento de la situación —en nuestra profana manera de ser.

Una vez que comenzamos a sentirnos más seguros en el mar, yo pasé el primer cuestionario preparado de antemano.

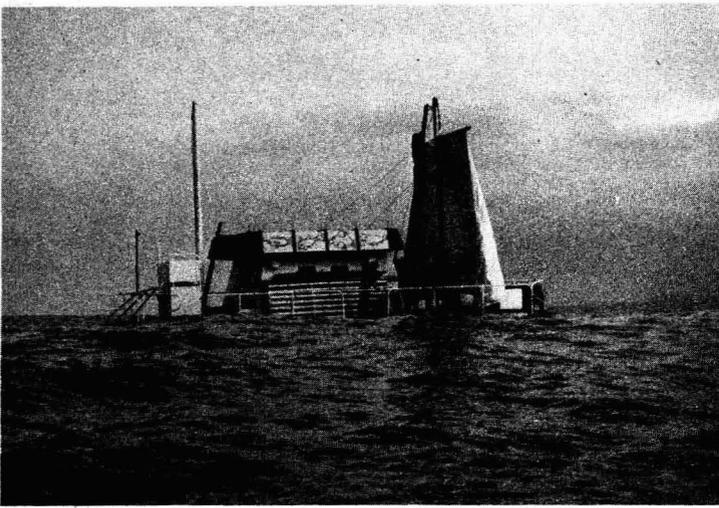
Hay dos maneras de comenzar una serie de cuestionarios, y yo había programado varias docenas. Una consiste en comenzar con preguntas convencionales, la otra en ir directamente al grano con una pregunta de impacto. Puesto que nuestro experimento era ciertamente heterodoxo, elegí la segunda alternativa, y mi primera pregunta fue:

"¿Con qué frecuencia se masturba usted en su vida personal? ¿Se ha masturbado en el Acali? ¿Cuántas veces?"

Utilicé cuatro métodos para reunir material en la balsa. Uno de ellos consistió en notas y observaciones personales diarias, tomando en cuenta todos los aspectos de los acontecimientos, relaciones y observaciones que podían tener algo que ver con la conducta humana. Estas hojas tabuladas registraron cosas tales como la conducta, el liderazgo, el sentido del orden y del juego, etc.

Los exámenes psicológicos normales que se llevaron a cabo con regularidad fueron otra fuente. Estos exámenes están todavía en espera de análisis. Una tercera fuente consistió en cuestionarios especiales preparados de antemano con nuestros colaboradores científicos que permanecieron en tierra, mismos que se administraron periódicamente a cada participante.

La última fuente fue una serie de 20 cuestionarios en evolución, basados en el asesoramiento de nuestros científicos, que nos



llevaron a saber más sobre aspectos particulares a medida que éstos tuvieron lugar en la balsa.

En estos cuestionarios se repetían varias de las mismas preguntas de vez en vez, tales como: “¿Quién es ahora su mejor amigo en la balsa? ¿Quién cree usted que tiene las mejores relaciones entre la tripulación — de hombre a hombre, de mujer a mujer o de hombre a mujer? — ¿Con quién le gustaría hacer el amor en la balsa? ¿Con quién ha tenido relaciones íntimas en la balsa? ¿Qué es lo peor que le ha ocurrido hasta ahora? ¿Qué es lo mejor? ¿Cuál fue el peor momento de la balsa? ¿El mejor? ¿Cuáles participantes llevaría usted en otro viaje similar? ¿Qué ocurriría si el líder cayese por la borda faltando tres meses para terminar la expedición? ¿Cuáles son ahora los riesgos principales, marítimos o humanos? ¿Haría usted este viaje otra vez? Dé tres adjetivos adecuados que usted aplicaría a cada uno de los participantes.

También pedí a todos los participantes que escribieran cada tercer día, mientras nos encontramos en la etapa del Caribe de nuestro viaje, unas páginas acerca de la manera en que veían a cada uno de los otros miembros del experimento, y, en los días alternos, cualquier cosa que se les ocurriese acerca del experimento y la vida a bordo del Acali.

Casi al final, todos los participantes escribieron varias páginas, evaluando cada uno de ellos el experimento como un todo, lo que habría de repetirse inmediatamente después de salir de México.

Desde el principio, fue evidente que la frustración era mayor entre quienes tenían conocimientos marítimos, pues nacía de la necesidad de comprender nuestra “casa en el agua” como un artefacto flotante del cual se sabe poco. Esto fue comparable a la frustración de quienes tenían iniciativa, reacciones más rápidas y la necesidad de una constante ocupación física, pero cuyas ideas acerca de cómo mejorar la balsa eran a menudo tan traídas de los cabellos que nunca podrían utilizarse. Mucho de la mala voluntad, celos y acusaciones hechas a mi intolerancia, y el severo ejercicio de mi liderazgo durante las entrevistas finales con los psicólogos en Cozumel, puede detectarse fácilmente a partir de este punto.

Aquellos individuos que al principio del viaje ganaron una popularidad instantánea, ya fuese por su aparente alegría o aparente buena voluntad, fueron los menos populares al final.

No hubo una verdadera discriminación sexual a bordo, pero parece, por el estudio del material, que sí la hubiese habido si yo no hubiera estado en la balsa.

Gracias a la experiencia adquirida en las dos expediciones Ra, que cruzaron el Atlántico en balsas de papiro, aprendí que el mar proporciona las condiciones ideales para un aislamiento completo sin perder contacto con la naturaleza. No obstante, debido a nuestra heterogénea tripulación, tuvimos que luchar con varios factores nuevos.

Ya mencioné la primera reacción del Padre Bernardo a la ropa

que usábamos a bordo. Quiero asentar, sin embargo, que no hubo verdadera desnudez en la balsa, con excepción de ocasionales baños de sol o duchazos de agua de mar extraída con cubos.

Una consideración más básica tiene que ver con otras funciones naturales. Es bien sabido que un sanitario visible a todo mundo es buena práctica para proporcionar cohesión en condiciones más o menos de aislamiento. Así ocurrió en el Acali, donde el “WC” estaba a nivel de cubierta, extendiéndose a un lado con el barandal de seguridad atado a su alrededor.

En Las Palmas, tres participantes indicaron que estaban dispuestos a retirarse a menos que se instalara un sanitario privado. Pero no se retiraron, y el sanitario descubierto sirvió su propósito maravillosamente bien.

Durante dos o tres días, algunas personas fueron solamente al sanitario por la noche, y una de ellas estuvo estroñada durante 12 días. Poco a poco, todo el mundo comenzó a tomarlo con naturalidad; primero, evitando mirar a quien hacía uso del sanitario, pero después de dos semanas, conversando con él o ella. A mitad del viaje, ya ni siquiera nos molestaba que se nos fotografiara o filmara en el sanitario.

Aunque el viaje a la deriva en nuestra Acali fue por muchas razones más seguro que los viajes en el RA I o Ra II, hubo mucho menos práctica sexual de lo que especularon los periodistas o de lo que los científicos supusieron.

Las seis mujeres que formaron parte de la tripulación eran todas muy atractivas, pero los constantes vómitos de algunas al principio de la jornada, la falta de sueño, el cansancio y la ausencia de sofisticados atuendos femeninos no contribuyeron a aumentar los acercamientos sexuales por parte de los hombres.

Lo menciono así porque, en el Acali, las mujeres estuvieron de alguna manera más dispuestas al intercambio sexual que los hombres. Y esto, creo yo, es cierto más allá del hecho de que había seis mujeres y solamente cinco hombres, uno de ellos sacerdote.

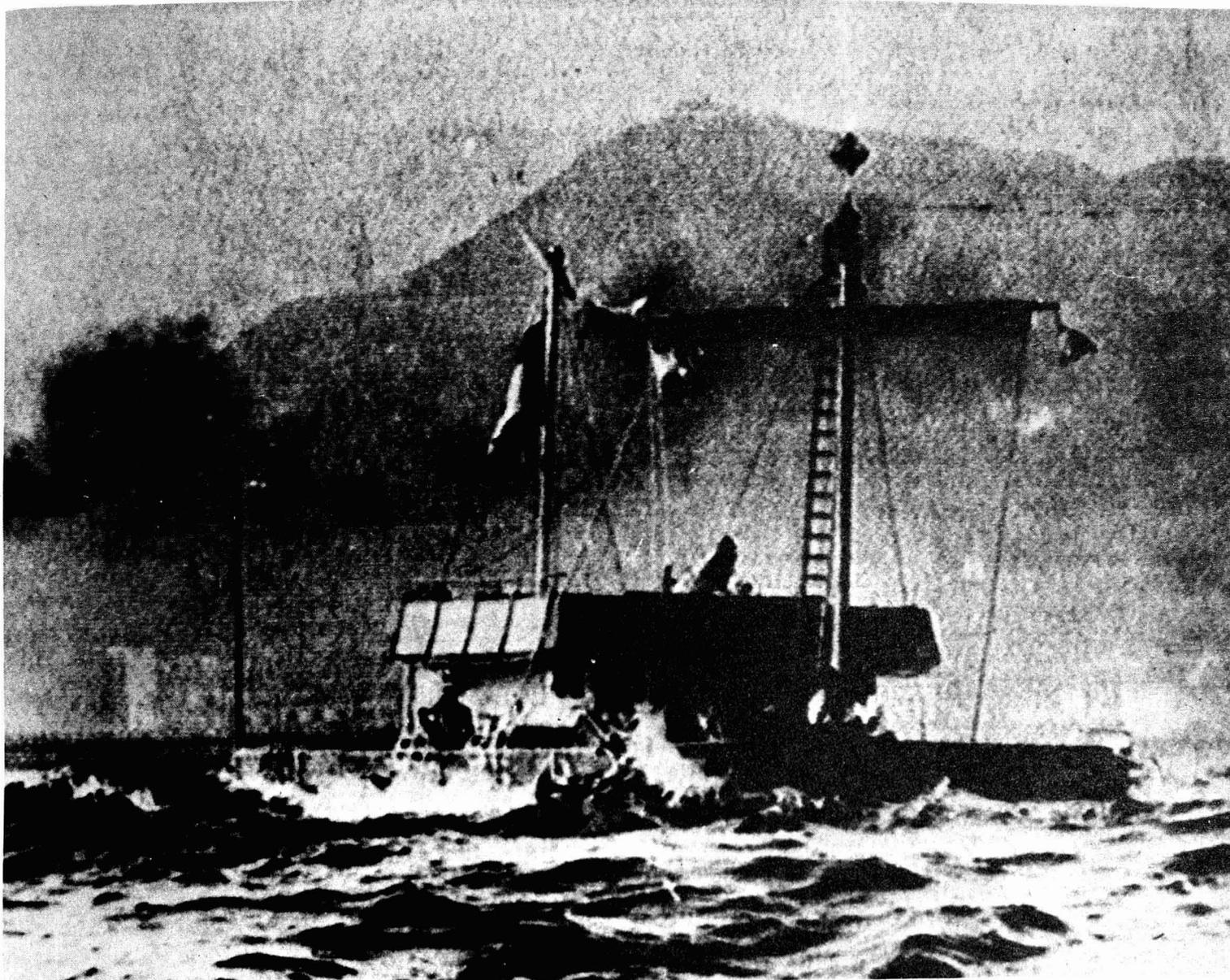
Dos hombres fueron más o menos el centro de la atracción femenina: uno de ellos sostuvo una relación íntima, franca y bien definida con una de las participantes, y el otro observó una abstinencia completa a lo largo del viaje.

Uno de los participantes desaprobó esa relación por considerarla “impura”. No obstante, él mismo buscó la intimidad de cada una de las mujeres, lográndola en un caso.

Dos hombres tuvieron interés en la misma mujer. Abiertamente, ambos alegaron estar enamorados. Bajo la superficie, parecía que solamente buscaban satisfacción sexual. Uno de ellos la logró en una ocasión.

Una mujer, de manera franca, honesta y liberada, habría tenido intercambio sexual indiscriminado sin compromisos emocionales. Sólo tuvo éxito en dos ocasiones, con un participante diferente





cada vez. Otra mujer se enamoró clara y abiertamente de uno de los hombres, pero, para decirlo en la terminología radiofónica del Acali, "la frecuencia de él ya estaba ocupada". Otra mujer trató desesperadamente de tener relaciones con uno de los hombres sin obtener la más pequeña satisfacción. Otras dos mujeres se habrían mostrado accesibles mediante un acercamiento paciente y dulce, que sin embargo, no se dio.

Es evidente que con el cambio de sólo uno o dos de los participantes, la situación habría sido totalmente diferente. Es decir, las características personales de los participantes influyeron en todos y cada uno de los aspectos de la conducta sexual particular que se observó en el Acali.

No obstante, a diferencia del problema del sanitario mencionado con anterioridad, las barreras para superar la falta de privacidad convencionalmente necesaria para la práctica sexual eran mucho más difíciles, aun si tomamos en cuenta la falta de luz en la cabina durante la noche, y el hecho de que las posiciones para dormir de las mujeres, señaladas de antemano, se alternaron con las de los hombres. Debido a la falta de espacio en la cabina y al fuerte movimiento del mar, la mayor parte del tiempo, al dormir, nuestros cuerpos se tocaban uno al otro.

Era también evidente que la especulación de la prensa más sensacionalista nos perturbó en gran medida antes de la salida, ya que se describió como la "balsa del sexo".

Hacia el final del viaje, para proporcionar privacidad, dispuse que durante los días restantes (mientras que cada mujer se hacía cargo del timón a su vez), una de las tripulantes podía estar con uno de los hombres sin ser vistos o molestados por el resto del grupo, en cinco lugares diferentes de la balsa, y por una hora y 15 minutos cada vez.

En estos encuentros había tres posibilidades: que la pareja charlase, que permaneciera en silencio o que hiciera el amor.

Yo pedí a cada participante que describiera —y tabulamos sus respuestas de antemano— lo que a él o a ella le gustaría hacer en cada caso, lo que él o ella pensaban que ocurriría y que anotaran luego lo que realmente había ocurrido. Pedí también a cada participante que adivinara lo que podría ocurrir en el caso de cada una de las otras parejas.

Prácticamente todo el mundo en la balsa pensó que esto era un juego bastante tonto, con excepción de la posibilidad de privacidad para hacer el amor. Pero el resultado fue que prácticamente todos los participantes tuvieron así intercambios conversacionales de gran valor para ellos y que nunca habían tenido antes.

En estos encuentros, sólo una pareja tuvo relaciones sexuales. En contraste, la preocupación sexual acerca de "los otros" fue evidente: de 264 hipótesis de lo que los otros harían, 35 especulaban que tendrían relaciones sexuales.

Hacia el final del viaje, la comprensión de la situación sexual

general se estabilizó; cada persona controlaba bien su satisfacción o la falta de ella. Quienes no se encontraban satisfechos pensaban abiertamente acerca del próximo fin del experimento.

Era evidente también que, desde el principio, dos factores se encontraban en equilibrio: por una parte, puesto que el viaje terminaría en tres o cuatro meses, el decidirse por la abstinencia no significaba hacerlo por un período de tiempo indefinido. Por otra parte, uno podía hacer sexualmente lo que deseara durante estos tres o cuatro meses, pues nadie fuera de la balsa se enteraría. Además existían bastantes posibilidades de morir.

Es posible concluir que, en general, puesto que la conducta sexual particular en el Acali dependía en gran parte de las características personales, invalidando cualquier conclusión científica general, hacia el final del viaje, mucho del amor, semi-amor o pensamientos y acciones sexuales en la balsa estaba íntimamente relacionado con la amistad o enemistad personales. Esto ocurrió en los niveles consciente, semi-consciente e inconsciente.

Es posible concluir también que 101 días de constante vida en común equivalen a casi tres años de relación normal. Dado el estado de ansiedad y las particulares condiciones en la balsa, es posible multiplicar este factor por tres o por cuatro, de manera que el experimento equivale fácilmente a las relaciones que se desarrollan en 10 o 12 años de vida familiar normal.

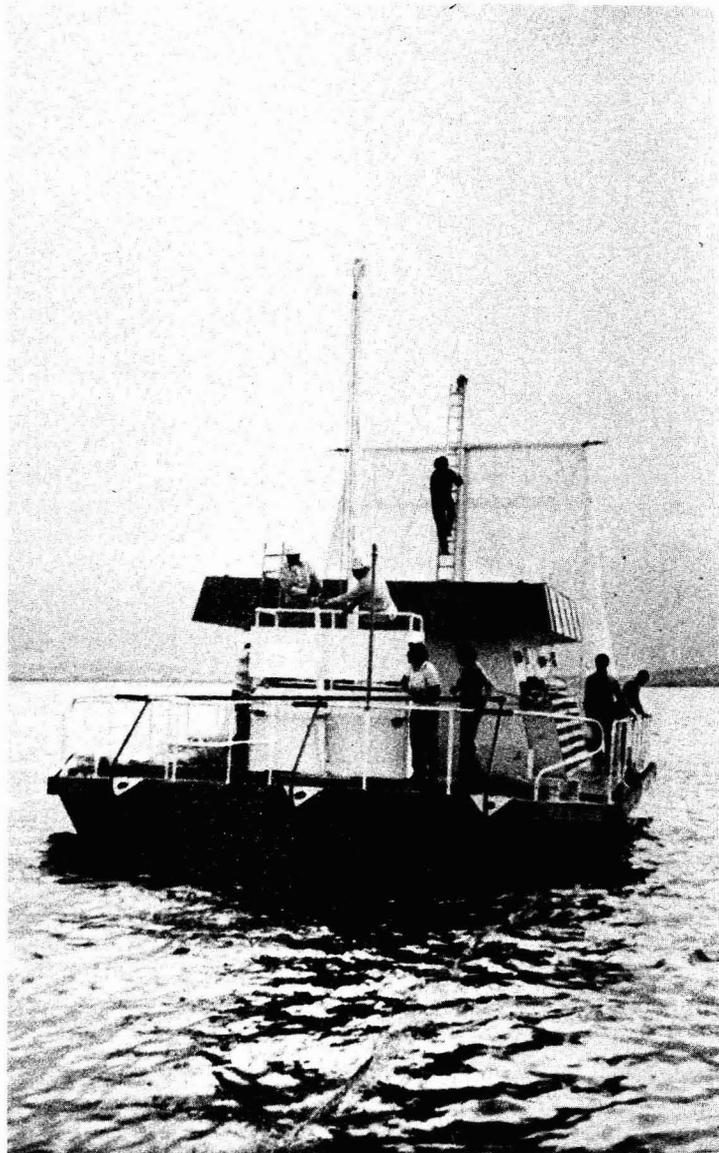
Así, las relaciones establecidas, existentes o posibles, se consideraban antes de intentar nuevos acercamientos sexuales que, hasta cierto grado, pudiesen dañar a la "familia".

Nuestro experimento corroboró también, más tarde, lo que es bien sabido y que fue evidente en ambas expediciones Ra: bajo condiciones de tensión, físicas, mentales o ambas, es posible relegar el sexo a un plano secundario con bastante facilidad. Esto ocurrió en el Acali, a pesar de la presencia de hombres y mujeres muy atractivas.

No hubo golpes durante la travesía del Acali, a pesar de varias crisis nerviosas más o menos abiertas, tres de ellas con lágrimas. Hubo varias postraciones menores; dos personas lloraron varias veces. El viaje fue difícil para todos. Era real: no se trataba de Hollywood.

Las causas principales de las fricciones, reprimidas o admitidas, se pueden relacionar fácilmente con la ansiedad, la inquietud y el nerviosismo. A bordo del Acali, encontramos las razones particulares de la frustración personal, motivadas por el deseo de autoridad, en conflicto con la motivación personal y las necesidades de proyección, soledad, falta de comunicación (ambas debidas al carácter personal), deseos personales reprimidos por las realidades marítimas y, en menor grado, barreras de lenguaje y, ciertamente, frustraciones amorosas, semi-amorosas y sexuales.

Aparentemente, yo me llevé bien con cada uno de los participantes. Yo representaba simultáneamente los papeles de figura

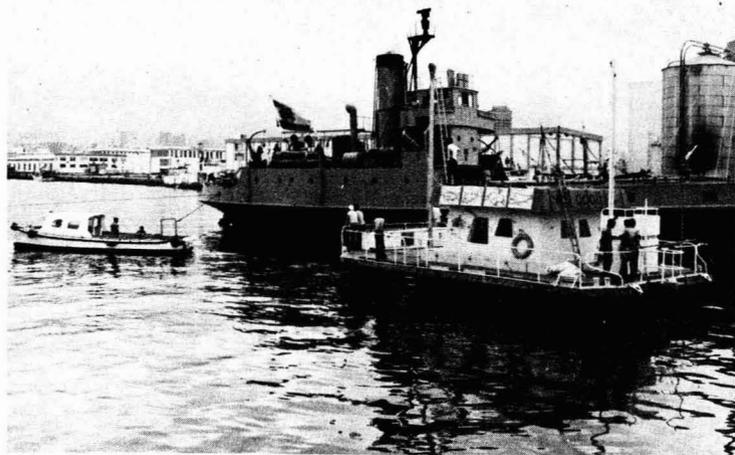


paterna, científico, hermano mayor, amante, inventor del proyecto, el que se comunicaba con el mundo exterior y sabía cómo debíamos conducirnos en la balsa, la persona que tenía derecho a leer lo que los demás escribían y de otro participante más. Tratar de cumplir satisfactoriamente con todo esto al mismo tiempo era una tarea de superhombre. De hecho, hubo un choque muy real en mi interior entre el deseo de subordinarme lo más posible, a fin de ser solamente un participante más, y la conciencia cabal de la necesidad de aplicar todos mis sentidos y conocimiento para sobrevivir en una balsa, con sólo dos participantes que poseían experiencia marítima no especializada en balsas, más la necesidad de conducir los experimentos sobre la conducta.

Así pues, traté de cumplir todos los papeles descritos con anterioridad, procurando no dar una sola orden —y creo que nunca la dí—, y ser tan democrático como fuese posible, pero consciente de que mis sugerencias y decisiones tendrían un efecto directo en el bienestar y la supervivencia del grupo y de cada participante.

Esto, a su vez, produjo una mezcla de sentimientos de amistad y enemistad, celos, amor, cooperación, resentimiento de autoridad, comprensión y falta de ella de parte de prácticamente todos los participantes. Y produjo también un descontento oculto que apareció en los cinco días de intenso interrogatorio a que nos sometieron los psiquiatras en Cozumel.

Dentro del resto del grupo, solamente hubo competencia abierta por parte de uno de los hombres respecto a otro hombre que, trabajando normalmente menos y obteniendo mejores resultados,



no se interesaba en competir. Es posible investigar esta competencia de trabajo unilateral en el amor, semi-amor o práctica sexual y, en grado menor, la nacionalidad y el lenguaje.

Estas competencias comenzaron en las Islas Canarias y nunca terminaron, conservando sus altas y bajas, con algunos individuos a favor de una u otra parte, algunas veces durante varios días. Estos incidentes nunca fueron muy fuertes en sí mismos, ciertamente menos fuertes en comparación con cualquier clase de competencia, sometimiento o intolerancia entre cada uno de los 10 participantes y el líder.

Dos hombres y dos mujeres, quienes, por sus propias personalidades, poseían una conducta menos extrovertida en sus relaciones personales, lo que de alguna manera los separaba del resto del grupo, estaban menos frustrados en sus interiores, aunque a veces aumentaban la frustración e inquietud de los demás.

Con previsible normalidad, cada persona explicó sus propias fricciones más como resultado de la agresividad o personalidad de los demás. No obstante, dos hombres reconocieron que a veces se sentían bastante agresivos, y uno de ellos pensó que, debido a su experiencia en el pasado, podía ser muy violento.

Según dos personas, un participante se sintió tan molesto en una ocasión que, de no haberlo detenido, hubiese saltado por la borda. Como todos tenemos tendencia a dramatizar, y como saltar por la borda es posible en todo momento, yo creo que esto fue la exageración de una grave crisis nerviosa.

Otra vez, una persona, por breves segundos, quiso matar a uno de los participantes. Todo esto lo tomo como una expresión de disgusto y no como un hecho real.

Es imposible investigar aquí todas estas fricciones y proporcionar claves válidas para el progreso y el conocimiento científicos. Sin embargo, es evidente que contamos con información suficiente para hacerlo cuando analicemos e integremos la totalidad del material recabado sistemáticamente día tras día. Entonces estaremos capacitados para estudiar las tendencias individuales y de grupo y llegar a conclusiones científicas válidas, de valor en diferentes niveles de problemas de fricción, agresión y violencia humanas.

Ciertamente, yo estuve mucho más motivado —como debía ser— por el significado y alcance del proyecto, su cooperación y valores para la paz, que cualquiera de los otros participantes. No obstante, este aspecto del Acali fue bien comprendido por todos, y cada quien hizo lo posible para no defraudar el proyecto —ni a mí— en este sentido.

Por supuesto, esto no incluye todos los niveles de cooperación. Por ejemplo, yo pedí muchas veces a cada uno de los participantes un despacho escrito para transmitirlo por la radio, pero solamente dos participantes escribieron su mensaje, y el resto pareció no tener nada que decir.

Pero la cooperación se hizo estimar en momentos de tensión, por ejemplo, cuando se rompieron los timones, cuando yo sufrí un ataque de lo que en el primer momento pareció ser apendicitis mientras nos encontrábamos en el Caribe, durante el ciclón Brenda, las tormentas y el mal tiempo, cuando el vapor "Ore Meridian" casi nos aplastó, cuando el motor del bote se descompu-so a cierta distancia de la balsa o cuando hubo que hacer reparaciones submarinas rodeados de tiburones.

Este tipo de actividades fue muy estimulante, y borró totalmente por el momento cualquiera de los interesantes aspectos de conducta descritos con anterioridad. El lenguaje y la nacionalidad solamente produjeron fricciones muy pequeñas; no obstante, estos parámetros jugaron siempre un papel muy importante en la cooperación. De hecho, una de las mejores amistades en la balsa se estableció entre alguien que hablaba español a medias y alguien más cuyo español no era del todo perfecto.

Una vez más, como en las expediciones Ra, la comunicación no verbal fue muy valiosa en momentos normales, e inestimable en momentos de cooperación. De hecho, creemos que el esconderse tras la comunicación verbal puede ser a veces un gran obstáculo para la comunicación, comprensión y cooperación verdaderas. En restringidas condiciones de aislamiento, como las del Acali, lo que uno hace y la manera en que lo hace quedan a la vista de todos, y la comunicación verbal pasa a ocupar un nivel de importancia secundario.

Cuando fuimos a ver el Acali por última vez, se apoderó de nosotros un sentimiento entre dulce y amargo. Amargo porque dejábamos atrás el hogar en que vivimos "10 o 12 años", porque veíamos la necesidad de unimos otra vez a la "civilización", con sus teléfonos y expresiones como "lo siento", "por favor", "ciertamente", "¿por qué no?" y su humo y *smog*, trajes y zapatos. Amargo porque debíamos separarnos de los demás miembros de nuestra familia. Era amargo ver a algunos de los participantes reaccionar —demasiado rápido para mi gusto— ante la fama y el éxito. Dulce porque regresábamos a nuestra familia y amistades anteriores, a las comodidades, al agua dulce en abundancia, a la electricidad, la música y los libros.

Científicamente, tenemos en nuestras manos una gran cantidad de información sobre la conducta humana, vista desde diferentes ángulos. El estudio de esta información habrá de constituir una contribución positiva y, en cierta forma, única. Todos nosotros, los 11 participantes, estamos de acuerdo en que ésta ha sido una experiencia válida para la paz, la tolerancia y la comprensión.

Sólo he podido bosquejar aquí algunos aspectos de nuestra tremenda experiencia, pero me encuentro muy cansado y necesito regresar a mi vida normal —nueve horas diarias de sueño— para poder sobrevivir a este aire contaminado, y ¿por qué no decirlo?, regresar a tantas personas y circunstancias contaminadas.

